



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11028

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 10 DE AGOSTO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31½

¡A BUENA HORA!

No se acredita de perspicaz la prensa francesa, y particularmente «Le Temps», cuando hasta última hora no se ha enterado de los fines de los norteamericanos al declararnos la guerra.

Desde que los Estados Unidos dispensaban indirectamente su apoyo á los cubanos rebeldes, los periódicos españoles han venido señalando el objetivo de los yanquis, que no era otro que anexionarse á Cuba.

¿Es que ha olvidado «Le Temps» las resistencias de Mac-Kinley y su gobierno á las excitaciones de los gíngoes que a voz en cuello pedían en el Capitolio la independencia de la gran Antilla? ¿No se acuerda que en el último mensaje del presidente á las Cámaras se hablaba de retención temporal en tanto que se establecía un gobierno independiente y se adiestraban los cubanos en la gobernación del país?

Si lo ha olvidado cabe la extrañeza que manifiesta ahora; mas si lo sabía y no se acuerda, desmemoriado anda el colega en un asunto que tanto interesa á su nación.

Dice «Le Temps» que el hecho de anexionarse los americanos Cuba, después de haber declarado que solo les guiaba el deseo de libertarla, produciría enorme escándalo.

Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

Si lo injusto escandalizara, ha mucho tiempo que estaría escandalizada Europa.

Intervino de modo indirecto en los asuntos cubanos la nación americana y Europa no se dio por entendida, dejando hacer al intruso.

Se quitó luego la careta Mac-Kinley y atropelló toda clase de

derechos, y esa prensa, que ahora se escandaliza, permaneció muda ante el proyecto de despojo que fraguaban los Estados Unidos; y si prestó atención al asunto, fué porque se iban á librar combates navales, en los cuales se resolverían problemas de importancia á costa de vidas españolas y de barcos de España.

¡Que se escandalizará Europa si los americanos se anexionan Cuba! ¿A quién se le ocurre tal disparate? Europa no se molesta por nada que venga de los Estados Unidos. Si la pretensión viniera de España, Portugal ó Grecia, sería distinta la actitud de Europa; y el convencionalismo del equilibrio europeo y el *statu quo* y todas las demás palabras huecas del mismo jaez, nos saldrían al paso para cortarnos el camino, ni más ni menos que nos ocurrió en África hace 38 años.

Europa no se escandaliza por atropello más ó menos; atenta á sus intereses materiales, ¿cómo va á ocuparse en si despojan al vecino?

«Le Temps» mismo lo dijo hace pocos días en éstas ó parecidas palabras:

«La Exposición de 1900 está cerca y aunque nuestrassimpatías van con España nuestros intereses nos llevan a ser amigos de los yanquis.»

¡Y le extraña al colega que no se escandalice el mundo cuando él mismo no participa del escándalo!

ROCROY

A MI PATRIA

Canten otros las victorias que te dieron lustre en Flandes; yo exhumo hazañas más grandes del archivo de tus glorias.

Digan ellos lo que hiciste cuando, de reyes señora, altanera y vencedora todo el mundo recorriste.

Y deja que mi alma inquieta te busque en tus amarguras, y temple tus desventuras los cantares del poeta.

¡Madre, eres grande, inmortal! Yo te adoro, yo te admito en todo el revuelto giro de tu carrera triunfal.

Y nunca mis ojos ven que tu firmeza se ablande: cuando vences, eres grande; cuando no vences... ¡también!

Así en Rocroy: claro día que ilumina esplendoroso todo el pasado glorioso de la hispana infantería.

Persiguiendo iguales fines, flotan vistosos pendones, crujen férreos los cañones, suenan roncós los clarines.

Se oyen gritos y cantares, una queja, un juramento, chocan juntas en el viento las fanfarrias militares.

Y entre rojos arreboles se asoma el sol á admirar cómo allí se hacen matar los soldados españoles.

Que siguiendo de esta suerte el camino de la gloria, cuando no con la victoria se tropiezan con la muerte.

Sobre el campo, que trepida al pasar los escuadrones, cual manada de leones que defienden su guarida;

Libres de arrogancias vanas, enérgicos, vigorosos, riflen los tercios famosos de las tropas castellanas.

Tres días llevan luchando, y tres días resistiendo, y va mi España perdiendo lo que Francia va ganando.

Sale el sol, pónese el sol, él ilumina en la pradera al Ejército español.

Ninguno cuartel espere de la hispana infantería, su agonía es la agonía del león que mata y muere.

Sabe que el cielo la espera, Toma á todos por testigos, y con cuerpos de enemigos se está haciendo una escalera.

Y sigue el plomo cayendo, y las bombas reventando, y los unos avanzando, y los otros resistiendo.

Una nueva sacudida... otro empuje... ¡ya son pocos!... ¿Porqué luchan esos locos si la acción está perdida?

Porque no quieren vivir, porque España no se rinde mientras la suerte le brinde el recurso de morir.

Y van cayendo uno á uno... y cediendo paso á paso... ¡Ya llega el sol á su ocaso!... ¡Ya no queda en pie ninguno!...

Llegó la noche oscura con su cortejo de estrellas y surgió la luna entre ellas misteriosa y sosegada.

Y en la noche parecían las estrellas solitarias como teas funerarias ¡que por tanto muerto ardían!

Y cuentan que á un pobre herido, el general vencedor, testigo de su valor, le preguntó entrecubierto:

—¿Cuántos érais los guerreros que en acción habéis entrado?

—¡Contad los que habéis matado y contad los prisioneros!

No temáis que el alma mía vos al entusiasmo preste: ¡no hay epitafio como este para aquella infantería!

¡Salve España, fiel matrona, iris de gloria fecundol Todos los pueblos del mundo han tejido tu corona.

No te importe, patria mía, verte sola en el vacío, sin el ámpulo poderío que ganó tu bizarría.

Jamás la envidia importuna logrará vencerte en Flandes: habrá naciones muy grandes, como tú, madre, ¡ninguna!

Eugenio de Olavaria.

GLOBIAS NACIONALES

Como ganó el regimiento de Mallorca el sobrenombre de «Invencible».

10 de Agosto de 1746.

En la campaña emprendida por Felipe V, aprovechando la guerra surgida en Europa á la muerte del emperador

Carlos VI, para recobrar los antiguos dominios de su corona en Italia, por la falta de verdadera armonía entre los generales franceses y españoles, el ejército aliado, desde mediados de 1746, registraba las derrotas por batallas, hasta el extremo de tener que retirarse á Génova, para después evacuar por completo el territorio italiano.

Al efectuar la retirada á dicha población el regimiento de «Mallorca», víase envuelto por la caballería imperial, ó del ejército austro-sardo, y como el terreno era llano y las fuerzas enemigas muy superiores, el marqués de Moya, coronel del regimiento, dispuso que se formara el cuadro, y con la mano extendida hacía las banderas, juró morir antes que rendirse, ejemplo que siguieron los restantes jefes y todos los oficiales y soldados.

Animados por la comunidad de ideas y engrandecidos por los respetos que les inspiraba el honor del arma y del cuerpo á que pertenecían, a plé firme, con el heroísmo propio de ellos por su valor dominaron en la mayor parte del mundo conocido, de los que con su denegado humillaron á los más déspotas y soberbios caudillos, aquellos valientes rechazaron victoriosamente cuantas acometidas dió el enemigo muriendo en tan epopéyica empresa el pundonoroso marqués de Moya y con él la mayor parte de los jefes y oficiales.

Sin deshacer el cuadro y sin abandonar los muertos y los heridos que tuvieron, el regimiento marchó en retirada largo tiempo, siempre batiéndose, siempre teniendo á raya, con las puntas de sus bayonetas y el fuego de sus fusiles, al enemigo, hasta que este, cansado de aquel esteril pelcar, y asombrado del valor y espíritu de tan incomparables soldados, acordó retirarse por tener muchas bajas y por hallarse convencido de que á hombres que así se batían era imposible hacerlos prisioneros.

Para eternizar tan memorable hecho, el rey mandó poner en las banderas de Mallorca esta inscripción: «Prius flammis combusta, quam animis victa», tomando también el sobrenombre de «Invencible», en verdad bien merecido.

MARCE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

los guardias era incompetente, y que sólo se había cumplido por consideración á la favorita del rey.

Ana María pareció no haber comprendido la intención que había acentuado aquellas palabras, y respondió con cierto lánguido cansancio en el acento.

—Gracias, señor de Mendoza.

Y se volvió hacia la entrada del mesón como buscando á alguna persona.

VIII

El posadero estaba echado contra la pared en el soporal del mesón.

—Venid acá, le dijo la princesa.

El posadero se acercó respetuosamente.

—Es necesario sepultar á esta desgraciada y á su hijo, y sepultarlos cuanto antes, dijo la princesa: avisad al párroco: que se haga al momento lo que sea necesario.

El posadero salió.

Ana María levantó de nuevo á Azucena.

—Venid, dijo: vuestra madre va á ser sepultada: esto debe seros terriblemente doloroso, seguidme.

—Todavía no, dijo Azucena.

Y desasiéndose de la princesa, se inclinó sobre el

—¿Y hasta cuando habéis de estar junto á ella, pobre niña? le dijo dulcemente la princesa.

—A los cadáveres se les sepulta, dijo con la tranquilidad de la insensatez, de la atonía, causadas por esos terribles golpes que aturden al que los recibe por su violencia: estaré junto á mi madre hasta que la sepulten.

Y desasiéndose de la princesa, se volvió á sentar junto al cadáver de Cinta, permaneciendo inmóvil y rígida.

—Este es un grave embarazo, dijo Mr. Amelot sacando del bolsillo del chaleco una gran caja de oro y tomando con olerta delicia un polvo de rapé: preveo que os vais á meter á sepultarera, y vamos á perder demasiado tiempo: su majestad estará esperando en Guadalupe, y se impacientará.

—Nunca tanto como yo me he impacientado en París, Mr. Amelot. Y bien, mi querido Mendoza, dijo la princesa al conde de Rebollos, que se acercaba.

—Dos guardias acaban de partir en cumplimiento de la orden de vuestra alteza.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas de una manera particular por el conde, como si hubiera querido demostrar que la orden de la princesa á

había nadie... todos se habían ido á ver la gran señora... vos debéis ser la princesa de los Ursinos... si no estais maldita de Dios, hacedme justicia... vengadme... han matado á mi madre...

—¡Muerta! dijo con voz apenas inteligible la princesa.

—¡Muerta, sí, muerta! y mirad, dijo Azucena inclinándose rápidamente sobre el cadáver de Cinta y alzándose en el mismo instante con un objeto sangriento en la mano: ¡mirad! ¡mi hermano recién nacido y muerto también! ¡Justicia de Dios y del rey contra los guardias de corps!

Y Azucena pronunció estas palabras apresurada, demudada, trémula, terrible; exhalando de sí un dolor imponderable, una desesperación rabiosa, una agonía infinita.

Luego, después de haber mantenido algunos segundos ante los aterrados ojos de aquella gente el cadáver ensangrentado del niño recién nacido, le besó tífidamente el rostro en sangre, le puso sobre Cinta, se sentó junto á ella y permaneció muda, inmóvil, espantosa.

—Hacedme la merced de mandar que desajen,